

– Fragmento –

Au Pair

Willem Frederik Hermans

Género: Ficción • Título original: Au Pair

Copyright © 1989 Willem Frederik Hermans



Editorial: De Bezige Bij

Van Miereveldstraat 1, 1071 DW Amsterdam, Países Bajos

Teléfono +31 20 305 98 10 • Fax +31 20 305 98 24

E-mail: info@debezigebij.nl

www.debezigebij.nl

Subvenciones para la publicación de esta obra en España:

Fundación para la Producción y Traducción de Literatura Neerlandesa

www.nlpvf.nl

Fragmento traducido al castellano por: Gonzalo Fernández

Copyright © de la traducción Gonzalo Fernández 2004

E-mail: gonzalofernandez.es@gmail.com

www.gonzalofernandez.es

Au Pair

Willem Frederik Hermans

www.gonzalofernandez.es

Tabla de contenidos

Traducción

Capítulo 1	3
Capítulo 2	6
Capítulo 3	7
Capítulo 4	8
Capítulo 5	9
Capítulo 6	10

Texto original

Hoofdstuk 1	16
Hoofdstuk 2	19
Hoofdstuk 3	20
Hoofdstuk 4	21
Hoofdstuk 5	22
Hoofdstuk 6	23

1

Cuando los holandeses necesitan algo que su propia tierra no les proporciona, su primera reacción no es intentar producirlo ellos mismos, sino ir a buscarlo al extranjero.

Entre todos ellos, quizá sean los zelandeses quienes más acusan esta peculiaridad.

En la época colonial, que ya sólo forma parte del pasado, esta manera de pensar les venía como anillo al dedo.

Pero esa tendencia a querer ir a otros lugares sigue teniendo plena vigencia.

Antes de empezar el último año de instituto, Paulina ya había decidido que quería estudiar francés e historia del arte en París.

Había nacido en Vlissingen, donde también pasó toda su juventud. Su padre ocupaba un cargo bastante alto en el ayuntamiento de la localidad.

Sus padres no eran lo que se dice pudientes, pero poseían desde hacía ya tiempo una casita de vacaciones en Francia. Paulina había pasado desde muy pequeña todos los veranos allí junto a su padre, su madre y su hermano, que tenía cuatro años menos que ella. Esto le había permitido aprender a hablar un francés más que decente.

En un principio, los padres no estaban de acuerdo del todo con los planes de Paulina. ¿París? ¿Por qué tan lejos? En Holanda también había universidades extraordinarias donde se podía estudiar francés e historia del arte.

Le sugirieron que fuera primero a hablar con Klara.

Klara era una prima mayor de Paulina. Después de seis años estudiando en Amsterdam, acababa de aprobar el primer curso de filología francesa. Vivía con su novio Rudolf, también estudiante, en una *casa okupa*. Paulina se dejó convencer y fue primero a informarse a casa de Klara.

Resultó que Rudolf y Klara hacía ya tiempo que no estaban juntos. Aunque estaba embarazada de Rudolf, Klara vivía ahora con Bart-Bram, un lingüista de cuarenta años que había dejado atrás a su mujer y que se pasaba el día tocando la batería, pues había decidido empezar una vida completamente nueva como músico. Una vida llena de ritmo.

No había dejado su puesto en la universidad, por supuesto, pues no podía prescindir del salario, pero ya hacía meses que había pedido la baja por enfermedad (estrés nervioso), por lo que ya no se hacía cargo de los ejercicios de lingüística, gracias a los cuales, por cierto, había conocido a Klara. Juntos habían llegado a la conclusión de que estaban hechos el uno para el otro.

La *casa okupa* dejaba mucho que desear. No disponía de corriente eléctrica propia. Obtenían la luz a través de un alargador conectado a la casa adyacente, que sí estaba enchufada a la red. Habitaban un tercer piso y sólo había un grifo de agua corriente para toda la vivienda. Todos los residentes tenían que llenar allí sus cubos de agua. Tampoco disponían de un retrete en el que se pudiera tirar de la cadena. Las tareas cotidianas más sencillas exigían en aquella casa mucho tiempo y energía. Los residentes entraban y salían continuamente en grupos, interrumpían tu trabajo, tomaban prestados tus libros y apuntes, incluso cuando no estabas en casa, o cogían tus cintas de vídeo y tus discos para no devolverlos jamás.

Por lo demás, la carrera no parecía gran cosa. Ni siquiera el profesor hablaba francés con fluidez.

El francés de Klara y de su compañero el lingüista era un horror. De eso se dio cuenta Paulina en seguida, cuando Bart-Bram y Klara se pusieron cinco minutos a hablar francés entre ellos en plan de broma. Ellos mismos admitían, por otra parte, que su francés era un desastre. Según Bart-Bram se trataba de un idioma que a la larga acabas odiando, con esa gramática tan arcaica y tan precisa. Infinidad de reglas que ni siquiera los franceses cumplían. Pero eso sí, pobre del extranjero que cometa un error, porque entonces se burlan de él o se hacen los locos y le ignoran. Si dices algo mal te tratan inmediatamente como si fueras tonto.

Aprender aquel idioma a la perfección era una tarea prácticamente imposible si habías nacido en Holanda, donde los colegios están poblados por profesores con un conocimiento muy deficiente del francés que transmiten sus torpezas lingüísticas de generación en generación. Así no se avanza nunca y la chapuza se convierte en norma. Los holandeses que afirmaban dominar el francés lo hablaban en realidad tan mal, que ni siquiera eran conscientes de su propia ignorancia.

Habiendo recibido toda esta información, Paulina se despidió y emprendió el viaje de vuelta a Vlissingen.

La calle donde vivía Klara estaba ya medio demolida. El gobierno había sellado las casas que aún quedaban en pie, bien clavando tablas de madera en las ventanas inferiores, bien con improvisados tabiques levantados a base de trozos de piedras procedentes de las ruinas. Ni siquiera los *okupas* podían entrar ya allí. Muchos de los lemas de protesta u otras estupideces escritas en las paredes, casi siempre en un inglés muy pobre, ya casi no eran legibles.

En las ventanas de los pisos más altos no había cristales, en el mejor de los casos algunos añicos que habían quedado pegados a los marcos. En el interior reinaba una oscuridad tan profunda que parecía como si las habitaciones estuvieran llenas de carbón y nubes de hollín, excepto en aquellas en las que ya había grandes agujeros en el techo y en el suelo. Parecía como si algún tipo nuevo de arma silenciosa hubiera atacado el edificio, matando a todos los residentes en el proceso.

Casi corriendo, llena de angustia, Paulina llegó a una calle principal por donde todavía pasaban tranvías. Ya no se calmó hasta que hubo encontrado un asiento libre en el tren de vuelta a casa.

Tampoco se sentía infeliz. Ahora tenía al menos cientos de argumentos con los que convencer a sus padres de que, si realmente quería aprender algo, tenía que ir a París y bajo ningún concepto quedarse en Holanda.

2

«No, mamá, con Rudolf ya lo ha dejado. Ahora vive con un señor mayor que por las mañanas no sale de la cama y que se pasa el resto del día descalzo. Esa *casa okupa* es una pesadilla. Y la policía les puede echar a la calle en cualquier momento, si es necesario con gases lacrimógenos.»

«Sí, pero entonces, ¿por qué vive en una casa ocupa? Ya se sabe que si el dueño quiere dar otra utilidad al edificio les echan de allí sin contemplaciones. Imagínate.»

«Ese es precisamente el problema. Ya casi no hay gente en Amsterdam que quiera alquilar pisos a estudiantes. Y además, la carrera de filología francesa no es muy buena que digamos. Klara puede leer *Le roman de la rose* en francés, pero de una película no entiende ni la mitad. ¡Ella misma lo dice! Y nunca lee libros que no estén en la lista de obligatorios. Le parece un desperdicio de tiempo. Ni siquiera le gusta leer. Y los demás estudiantes son exactamente igual que ella.»

«¿Y por qué no se van a Francia en verano, igual que nosotros?»

«Sí, claro, y luego vuelven y se encuentran con que han derruido la *casa okupa* y se han llevado sus posesiones al vertedero.»

3

Los padres de Paulina se dejaron convencer.

Estudiar en París sería naturalmente más caro que quedarse en Holanda, pero ella parecía haber encontrado también una solución para este problema. Podía trabajar en su tiempo libre.

El mismo año que hizo el examen final del instituto, después del verano, se subió al tren acompañada de dos grandes maletas.

«Me das envidia,» dijo el padre.

El tren estaba a punto de salir y todavía intercambiaban unas últimas palabras a través de la ventanilla.

Parecía normal que a su padre le diera envidia.

«No te lo tomo a mal,» respondió Paulina.

Con las lágrimas a flor de piel, miró a su padre desde arriba. Aunque envidia, lo que se dice envidia, no podía ya sentir a su edad. Pero si no le hubiera gustado mucho Francia no hubiera comprado ya hacía años una casa en Agen, entre Burdeos y Toulouse. Cuando era joven él también había querido estudiar en París. Por distintos motivos, aquel deseo nunca había pasado de la fase de planificación. Y una vez aburguesado, ya no hay nada que estudiar. En lugar de ello, como consuelo, siempre había pasado sus vacaciones en Francia.

Eso también está muy bien, pensó Paulina.

4

Encontró una habitación en la rue de Seine. Allí estaba ahora, con sus dos maletones. Debía tener cuidado para no golpearse la cabeza con el techo, porque incluso para una holandesa era extraordinariamente alta: un metro noventa y dos. A veces, su altura le había hecho sentirse un poco incómoda en Francia, donde la media era bastante inferior a la de Zelanda y las personas altas llamaban la atención. Pero su exquisita educación, sus dulces ojos azules y su pelo rubio y largo la protegían contra experiencias poco deseables.

Su buen tipo y sus piernas aceleraban el corazón y ponían un nudo en la garganta de más de un transeúnte, que sólo podía reprimir sus deseos de conocerla ahogando un grito cuando ella hacía rato que había desaparecido, aunque luego fuera incapaz de desterrarla de su memoria durante semanas o quizá meses.

El punto débil de su imagen eran sus orejas de soplillo.

En París nunca le dijo nadie nada al pasar, lo cual sí sucedía de vez en cuando en Holanda. Si hacían alguna observación sobre su cuerpo, los franceses solían limitarse a constatar que era una diosa del norte. Y los más bajitos, conscientes de que a su lado harían el ridículo, no sólo la miraban con devoción o deseo, sino también con cierto miedo que rápidamente ensombrecía al resto de sus emociones.

El aire de su cuarto estaba cargado y abrió la ventana para ventilarlo. Arrodillada desde allí, observó un patio interior donde no sucedía nada. Las fachadas, cuya pintura se caía literalmente a trozos, estaban cubiertas con extraordinaria profusión de tubos y cables: conductos del gas, tuberías para el agua, extractores de humo, chimeneas de apoyo, cables para la corriente eléctrica, cables para la televisión y el teléfono. Según se podía ver, cuando un cable dejaba de funcionar ponían uno nuevo pero no retiraban el antiguo.

No era su intención quedarse mucho tiempo en aquel hostel, pues no iba a poder pagar los gastos con la escasa asignación que su padre se podía permitir enviarle todos los meses. Tenía que encontrar un trabajo a la mayor brevedad posible. Al día siguiente, a las ocho y media de la mañana, se puso en marcha.

5

Se matriculó en la universidad.

A continuación se fue a una agencia donde ayudaban a estudiantes extranjeras a encontrar una familia donde trabajar de ‘au pair’, que así es como se decía. Allí le facilitaron una dirección en la rue Verniquet, donde un abogado, Maître¹ Pauchard, necesitaba al parecer una au pair, aunque hoy era viernes y no podría recibirla.

Tendría que esperar hasta el sábado por la mañana.

Cuando llegó el día, se dirigió sin demora a la dirección indicada.

1. Título que reciben en Francia los profesionales del derecho. (N. del T.)

6

Abrió una puerta muy pesada de cristal con filigranas de hierro y apareció en un vestíbulo de techo alto, decorado de forma exuberante con ornamentos de yeso lacado en oro. Al portero no se le veía por ningún sitio. Tampoco hacía falta, ella sola podía encontrar el ascensor.

Al parecer la mujer también era abogado, al igual que su marido.

El señor no se dejó ver. La señora, a primera vista de unos treinta años pero probablemente ya por encima de los cuarenta, llevaba un jersey amarillo chillón bordado en una fibra muy basta. El escote dejaba ver un cuerpo más bien magro que había cocido al sol de forma intensiva aquel verano. Tenía ojos azules de mirada altanera y una nariz grande y afilada. Carecía de barbilla. El pelo era rubio de bote y tan largo que la trenza en la que estaba recogido caía por delante, pegada a su cara y pasando por su hombro izquierdo, hasta más abajo de su cintura.

Le explicó a Paulina todo aquello que era relevante para su trabajo de au pair con frialdad y precisión.

Los señores salían de casa los días laborables a las siete y media de la mañana y no volvían hasta muy tarde, casi nunca antes de las diez de la noche.

¿Cuál era la tarea de Paulina? No gran cosa. Vigilar un poco a Hughes, el hijo, que tenía trece años. A las ocho y media se iba al colegio, y cuando volvía, a primera hora de la tarde, tenía que darle la merienda: un vaso de leche con galletas. Eso era todo.

«Ven, voy a enseñarte tu cuarto.»

La señora abrió todos los cerrojos de una puerta de la cocina que daba acceso a la escalera de servicio, un hueco desnudo sin ningún tipo de decoración. Subieron tres tramos de peldaños de madera completamente cubiertos de colillas. De vez en cuando se veía también el amarillo de algún billete de metro usado. Llegaron al séptimo piso, el ático, que es donde se encontraban las habitaciones del personal de servicio. La mayoría de los franceses, incluso los ricos, ya no tenían ni mayordomos ni cocineras, pero les debía parecer una lástima dejar aquellas habitaciones vacías, porque en aquel ático había un jaleo de cuidado. Diez o doce radios sonaban a la vez. Cuando

llegaron a la habitación asignada a Paulina, la señora Pauchard dijo:

«Todas las demás están alquiladas a árabes y africanos. En algunos casos hasta tres personas comparten una misma habitación y duermen por turnos de ocho horas en la única cama que hay. No son mala gente, pero ándate con ojo.»

Entonces abrió la puerta del cubículo donde Paulina habría de dormir y continuó:

«Tres árabes en una habitación como esta dan un buen dinero. Alquilársela a una au pair supone hacer un sacrificio.»

Cubos y cubos de escombros musicales caían sobre sus palabras, las cuales tenía que pronunciar a gritos para hacerse entender.

El cuarto medía aproximadamente un metro y medio de ancho por dos de largo. Una cortina marrón pero translúcida tapaba la ventana y daba la impresión de que había alguien durmiendo, aunque la cama estaba vacía. Era un camastro estrecho con una almohada y un par de mantas, pero ninguna sábana. Dos grifos medio oxidados goteaban sobre un pequeño lavabo. La jurista señaló una estufa eléctrica y dijo:

«Esa es la calefacción, pero de momento no hace falta que la enciendas. También tienes ahí tu propio medidor de consumo, ¿lo ves? Así nunca hay malentendidos sobre la factura.»

Paulina observó el medidor, un aparato de color azul celeste clavado a la pared.

La señora Pauchard siguió con sus explicaciones.

«No es muy espacioso, lo admito, pero la vista es magnífica.»

Se dirigió a la ventana y corrió la cortina, que no era más que una tela hecha jirones. Abrió la ventana. Había una reja con gruesos barrotes de hierro.

«¡Una maravilla! Mira, ahí está el bulevar Péreire. Por esa vía pasa el tren de cercanías hacia Auteuil. La parada no está muy lejos. Muy práctico si tienes que ir a Auteuil.»

A Paulina no se le ocurría ninguna razón por la que habría de ir a Auteuil. En la plaza de Péreire, donde se encontraba la estación de tren, había además una parada de metro. Desde allí podías llegar a cualquier punto de París en un suspiro.

Para Paulina esto no era nada nuevo, pues allí es donde se había bajado por la mañana para

venir hasta aquí. Sin embargo asintió, como si estuviera muy agradecida por la información que le daba la señora Pauchard.

¿Una vista magnífica? Si querías ver algo más que el edificio blanco de apartamentos al otro lado de la rue Verniquet, tenías que meter la cabeza a presión entre los barrotes de hierro y mirar en oblicuo a través de ellos.

La gente para la que iba a trabajar de au pair no tenían mucho que ofrecerle, de eso ya se daba cuenta, pero Paulina prefería pensar, de momento, que hacían por ella todo lo que podían.

¿Había un cuarto de baño en el ático? Sí, por supuesto, que se creía, pero para utilizarlo tenía que ponerse de acuerdo con los árabes y los africanos, que lo ensuciaban todo y nunca limpiaban nada. Además, lo más seguro es que discutieran con ella continuamente sobre quién tenía derecho a entrar primero por las mañanas.

«Tenlo en cuenta antes de subir por las noches, muchacha.»

Paulina no respondió, pero a la señora Pauchard no le pasó desapercibido que su mirada daba pocas muestras de alegría y sacó una serie de conclusiones dignas de un buen abogado:

«¡Ya me gustaría a mí tener dieciocho o diecinueve años! ¡Quién pudiera! ¡Au pair! Si yo acabara de terminar el instituto y se me hubiera ocurrido ir a estudiar a París... ¡Qué gozada! Au pair... Me das envidia. ¿Sabes?»

Se quedó callada unos segundos para dar énfasis a su comentario y cuando le pareció suficiente, constató un hecho:

«Hace frío fuera.»

Madame Pauchard cerró la ventana entre escalofríos, atravesó el cuarto y cerró la puerta con llave para así apagar lo mejor posible el estruendo de las radios y los tocadiscos. Luego comenzó un largo monólogo:

«Au pair. Todo un invento. Te ganas un dinerillo de bolsillo, se te garantiza disponer de tiempo suficiente para estudiar y lo más importante: te acoge una familia. No existe mejor forma de aprender bien un idioma.»

Era como si la señora Pauchard pronunciara un alegato ante un juzgado.

«Au pair. Antes se oían cosas raras de vez en cuando. Y todavía se oyen. Más te vale ignorar los anuncios en los que piden una ‘au pair’, *ma belle*. Al menos si tu intención es realmente aprender bien francés y no quieres acabar en Marrakech. Pero incluso exceptuando esos casos extremos al límite de la legalidad, tampoco es agradable trabajar para algunas personas que te consideran mano de obra barata. Esas cosas siguen pasando. Aunque no tanto como antes. Por las mañanas te despachaban con un trozo de pan duro del día anterior y una taza de café aguado, y para el resto de la familia te mandaban a por croissants recién hechos y café de verdad.»

Se sonrió, aunque no con amargura o compasión, sino más bien autocomplacida con su relato.

«Luego te dejaban calentar un poquito de leche para echarle a tu café aguado y te mandaban al mercado con una bolsa bien grande a comprar pescado, carne, verduras, queso y agua mineral para el lujoso almuerzo de los señores. Cuando la chica volvía a casa con todas aquellas delicias la señora contaba las vueltas y le decía que se había dejado timar, o lo que es más probable, que trataba de tomarle el pelo a los señores.

Por aquel entonces no había aspiradora en las casas buenas de París. Y tampoco friegaplatos. Menudo gasto de electricidad. Había que limpiar las alfombras con un trapo para el polvo. De rodillas. Y así te cogías un buen dolor de espalda. Para alguien de tu estatura eso no hubiera sido agradable. Pero enseguida se aprendía a meter la porquería debajo del sofá. Eso sí que es muy francés. El retrete, cuya cisterna hacía un año que no funcionaba, tenías que limpiarlo con una escobilla de brezo. Remover un poco en una taza bien sucia, en eso se quedaba más o menos la cosa. Y casi podías dar las gracias si a mediodía podías ir un rato a los cursos de la Alliance Française. Justo en las familias donde todo estaba siempre hecho un desastre, porque eran demasiado rancos para pagar a una buena asistenta, es donde más aficionados eran a contratar una au pair. Siempre se tenía que levantar la primera, y no se podía ir a la cama hasta que todos dormían. Esas chicas no aprendían realmente nada de francés. La señora perdía en seguida la paciencia con el tartamudeo de la au pair, y en vez de corregirla o ayudarla se pasaba a lo que los franceses llaman ‘petit nègre’².

2. Hablar francés macarrónico. (N. del T.)

*Toi pas parler français? Toi comprendre absolument rien du tout?*³ – mientras que el señor sólo se dirigía a ella con las cuatro palabras de inglés que sabía, encima mal pronunciadas. – Y además intentaba manosearla.

Hablo por experiencia. Yo soy de Rumania y llegué a París con diecisiete años a trabajar de au pair. Tu francés es por suerte extraordinario.

Los niños metían ratones muertos en tu cama. Si querías cobrar tenías que ir siempre a pedirlo. E insistir. Esas chicas volvían profundamente desengañadas y decepcionadas a sus países, excepto alguna que se echaba a la calle a mendigar, empezando por Saint-Germain-des-Prés, y nunca más volvía. Muy pocas sabían lo que significa perseverar.»

Paulina asintió al oír estas últimas palabras, para dejar perfectamente claro que comprendía muy bien quién había sabido perseverar.

«Pero si te sirve de consuelo, todo esto ha cambiado desde que la cultura americana se ha hecho dueña del mundo. El humor galo no ha sabido superar eso. Hoy en día los franceses también tienen aspiradoras, congeladores, lavadoras y dietas para adelgazar. A mediodía calientan en el microondas un *quiche lorraine*⁴ sacado del congelador y por la noche un plato de macarrones precocinado. Las compras se hacen una vez al mes, en coche, en un *hypermarché* situado en un barrio periférico donde atiborran el maletero de productos en oferta. La señora está sensibilizada con los problemas del Tercer Mundo y el señor lee el Playboy en vez de intentar meterle mano a la au pair. El progreso es indiscutible.

En nuestros días, si la familia no puede ofrecer una habitación con calefacción y agua corriente, tanto fría como caliente, no consiguen que les envíen una au pair de la agencia, una oficina fiable a la que se pueden dirigir las chicas en su país de origen antes de venir a Francia.»

La señora Pauchard miró su reloj de pulsera, se quedó pensativa un instante, y llegó a la conclusión de que había dicho todo lo que tenía que decir.

3. ¿No hablas francés? ¿Es que no comprendes absolutamente nada? (En francés en el original, N. del T.)

4. Especialidad francesa a base de huevos, jamón y queso. (N. del T.)

«Tienes suerte. Tal y como te he explicado, con nosotros no hace falta que hagas nada excepto vigilar un poco a Hughes por la mañana y por la noche. Y además dispones de agua corriente, fría y caliente. ¿Vale?»

Ahora tengo que irme. Mi marido habrá sacado ya seguramente el coche. Nos vamos los tres a nuestra casa en Quiberon. Que te diviertas. Mañana es domingo y por lo tanto no tienes que hacer nada, porque nosotros no estamos. El lunes por la mañana tienes que estar a las siete abajo. ¿De acuerdo?»

«Señora,» dijo Paulina, «me gustaría poder disponer de una llave.»

«¿Una llave? ¿Para qué?»

«Para dejar mi habitación cerrada.»

«Ah, sí, claro. Comprendo. Lo que pasa es que la llave de este cuarto hace meses que está extraviada. Si no te fías llama a un cerrajero y que ponga una cerradura nueva. Yo no te lo voy a impedir. Incluso me parece aconsejable, la verdad. Y ahora lo siento mujer, pero tengo que irme.»



1

Het eerste waar Nederlanders aan denken, als ze iets willen verkrijgen dat hun land niet oplevert, is niet het zelf te gaan maken, maar het te zoeken in den vreemde.

En de Zeeuwen onder hen doen dit misschien nog eerder dan de anderen.

Het kwam hun goed van pas in het koloniale tijdperk, dat nu voorbij is.

Maar de neiging naar elders te vertrekken, leeft nog altijd.

Paulina besloot al voor ze naar de hoogste klas overging, dat zij Frans en Kunstgeschiedenis wilde gaan studeren in Parijs.

Ze was in Vlissingen geboren en had daar ook haar hele jeugd gewoond, omdat haar vader in die stad een tamelijk hoge functie in het gemeentebestuur bekleedde.

Haar ouders waren niet echt vermogend, toch bezaten ze sedert lang een vacantiehuisje in Frankrijk. Van jongs af aan bracht Paulina daar elke zomer door met haar vader, haar moeder en haar vier jaar jongere broertje. Zo was zij in de gelegenheid gekomen heel behoorlijk Frans te leren spreken.

Aanvankelijk waren haar vader en moeder het helemaal niet eens met Paulina's plan. Parijs? Zo ver weg? Je had in Nederland toch ook uitstekende universiteiten waar je Frans en Kunstgeschiedenis studeren kon?

Zou je niet liever eerst je licht gaan opsteken bij Klara?

Klara was een ouder nichtje van Paulina, dat zojuist in Amsterdam het propaedeutisch examen Frans had gehaald na zes jaar studie. Ze woonde met haar vriend Rudolf, die ook studeerde, in een kraakpand. Paulina liet zich overreden eerst maar eens haar licht bij Klara te gaan opsteken.

't Was, zo bleek, al lang weer uit tussen Rudolf en Klara, die wel zwanger was van Rudolf, maar nu samenwoonde met Bart-Bram, een veertigjarige taalwetenschapper, bij zijn vrouw weggelopen. De hele dag oefende hij op een drumstel, want hij had besloten een geheel nieuw, swingend leven als musicus te beginnen.

Ontslag genomen bij de universiteit had hij uiteraard niet. Het salaris kon hij niet missen.

Maanden geleden al had hij zich ziek gemeld (nerveuze overspanning). Hij leidde dus ook niet meer de oefeningen in de taalwetenschap, waarbij hij Klara overigens had leren kennen en zij gezamenlijk tot de slotsom waren gekomen dat het geweldig klikte tussen hen tweeën.

Het kraakpand liet te wensen. Elektrische stroom kregen ze niet. Deze werd met verlengsnoeren aangevoerd uit een belendend pand, dat nog wel op het net was aangesloten. Ze woonden op de derde verdieping en er zat in het hele huis nog maar één waterkraan, helemaal beneden, waar alle bewoners emmertjes water moesten gaan halen. Over een WC die doorgespoeld kon worden, beschikten zij evenmin. De eenvoudigste, meest alledaagse handelingen waren in zo'n kraakpand tijdrovend en vermoeiend. Ook liepen de bewoners voortdurend bij elkaar in en uit, hielden je van je werk, leenden je boeken, je dictaten, ook als je niet thuis was, je grammofoonplaten en je videocassettes, zonder ze ooit terug te brengen.

Trouwens, de studie, wat stelde die eigenlijk voor? Zelfs de professor kon het Frans niet vloeiend spreken.

't Frans van Klara en haar wetenschappelijk medewerker was helemaal een gruwel, dat kon Paulina onmiddellijk horen, toen Bart-Bram en Klara, voor de grap, vijf minuten Frans met elkaar praatten. Ze gaven zelf trouwens toe dat er niet veel van deugde. 't Is een taal, zei Bart-Bram, die je op den duur gaat haten, met die precieze archaische grammatica. Dit is fout, en dat mag niet. Geen enkele Fransman praat zoals het volgens het boekje hoort. Maar o wee als een buitenlander een foutje maakt. Dan lachen ze hem uit, of ze doen of ze gek zijn. Dan behandelen ze je meteen of je een debiel bent.

Die taal perfect te leren, dat mocht nagenoeg onmogelijk heten als je in Nederland was geboren, waar op de scholen de ene generatie van leraren die gebrekkig Frans kende, haar gestuntel uitzaaide in de volgende generatie, en zo bleef het altijd knoeien. Hollanders die beweerden dat ze perfect Frans spraken, die kenden het in werkelijkheid zo slecht, dat ze niet eens in de gaten hadden hoe slecht ze het konden.

Voorzien van deze informatie nam Paulina afscheid en aanvaardde de terugreis naar Vlissingen.

De straat waar Klara woonde, was al half afgebroken. Van de huizen die er nog stonden, had de overheid de onderste ramen met planken dichtgespijkerd dan wel slordig dichtgemetseld met uit puinhopen afkomstige brokken steen. Zelfs krakers konden er niet meer intrekken. Lang geleden op de muren aangebrachte protestleuzen of gewoon maar onzinnige kreten, in gebrekkig Engels meestal, waren al merendeels onleesbaar geworden.

In de ramen van de hogere verdiepingen zat ook geen glas meer, hoogstens nog een paar scherven aan de randen van de kozijnen. Binnen heerste een duisternis zo diep of de kamers gevuld waren met wolken roet en kolengruis, behalve wanneer er al grote gaten in de daken en de vloeren waren gevallen. Dan leek het of een gruwelijk nieuw wapen de bebouwing geruisloos aangetast had en alle bewoners gedood.

Bijna hollend van angst, bereikte Paulina een hoofdstraat waar nog een tram reed. Pas toen ze in de trein naar huis een zitplaats had gevonden, kalmeerde zij.

Helemaal ongelukkig was zij niet. Nu zat ze tenminste boordevol argumenten waarmee zij haar ouders zou kunnen bepraten dat ze, als ze werkelijk iets wilde leren, naar Parijs zou moeten gaan, niet in Nederland blijven.

2

«Nee, mama, met Rudolf heeft ze het uitgemaakt en ze leeft nu met een oude vent, die 's ochtends zijn bed niet uit komt en de rest van de dag op blote voeten blijft lopen. Zo'n kraakhuis, dat is toch ook verschrikkelijk? Ze kunnen er ieder ogenblik door de politie gejaagd worden, desnoods met traangas.»

«Ja, maar waarom woont ze dan in een kraakpand? Het spreekt vanzelf dat ze eruit gegooid worden, als de eigenaar van het pand het ergens anders voor gebruiken wil. Stel je voor!»

«Maar dat is het juist. Mensen die kamers aan studenten willen verhuren, zijn er haast niet meer in Amsterdam. En trouwens, de studie Frans betekent eigenlijk ook niet veel. Ze kan *Le roman de la rose* lezen, maar als ze een Franse film ziet, kan ze de helft niet verstaan. Dat zegt ze zelf! En boeken die niet op het verplichte lijstje voorkomen, leest ze helemaal nooit. Vindt ze tijd verknoeien. Ze houdt eigenlijk niet van lezen en al die andere studenten zijn net zo.»

«Waarom gaan ze 's zomers niet naar Frankrijk, net als wij?»

«Ja, natuurlijk. Maar dan komen ze terug, en dan is hun kraakpand afgebroken en al hun hebben en houden naar de vuilnisbelt gebracht.»

3

Paulina's ouders lieten zich overtuigen.

In Parijs studeren zou natuurlijk meer geld kosten dan als ze in Nederland zou blijven, maar ook voor dit vraagstuk dacht ze een oplossing te hebben gevonden. Ze kon toch werken in haar vrije tijd?

En tegen de herfst van het jaar waarin ze haar eindexamen gymnasium had gedaan, stapte ze met twee grote koffers op de trein.

«Ik ben jaloers op je,» zei haar vader.

De trein stond op het punt te vertrekken en ze wisselden nog een laatste woord door het openstaande portier.

Dat haar vader jaloers was, sprak wel vanzelf.

«Ik neem het je niet kwalijk,» antwoordde Paulina.

Haast tot tranen geroerd keek zij op hem neer. Echt jaloers kon hij op zijn leeftijd niet meer zijn, maar als hij niet veel van Frankrijk had gehouden, zou hij zo'n zomerhuisje in Agen, tussen Bordeaux en Toulouse, niet al jaren geleden hebben aangekocht. Toen hij jong was, had ook hij in Parijs willen studeren. Om diverse redenen was het gebleven bij plannen maken. Eenmaal een gezeten burger geworden, viel er niets meer te studeren. In plaats daarvan had hij, om zich te troosten, zijn vacaties altijd in Frankrijk doorgebracht.

Toch ook wel leuk? dacht Paulina.

4

Ze vond een kleine hotelkamer in de rue de Seine. Daar stond ze nu, met haar twee grote koffers. Ze moest oppassen dat ze haar hoofd niet tegen het plafond stootte, want zij was zelfs voor een Nederlander uitzonderlijk lang: 1 m 92. Haar lengte had er wel eens toe bijgedragen dat ze zich in Frankrijk wat minder op haar gemak voelde, omdat lange mensen er veel zeldzamer waren dan in Zeeland, en de aandacht trokken. Maar haar vriendelijke optreden, haar lieve blauwe ogen en lange blonde haren beschermden haar tegen onaangename ervaringen.

Haar Dianafiguur, haar benen, bezorgden menige voorbijganger een hartklopping die hem de keel dichtkneep, zodat zijn verlangen kennis met haar te maken hem pas, en dan nog alleen in de vorm van een gesmoorde kreet, ontsnappen kon als zij al lang uit het gezicht was verdwenen –maar nog weken misschien of maanden in zijn machteloze herinnering blijven zou.

't Zwakke punt in haar verschijning werd gevormd door haar oren, die enigszins afstonden.

In Parijs werd ze nooit nageroepen op straat, wat in Nederland van tijd tot tijd gebeurde. Als Fransen een opmerking maakten over haar gestalte, kwam het erop neer dat ze echt een godin uit het Noorden was. En die kleine Franse mannetjes, voelend dat ze aan haar zijde enigszins een belachelijk figuur zouden slaan, zagen niet alleen met eerbied of begeerte naar haar op, maar ook met een zeker angst, die alras de overhand nam op hun andere emoties.

Ze trok het raam van het bedompte kamertje open en keek, op haar knieën liggen, in een binnenplaatsje waar niets gebeurde. De omringende achtergevels, waar verf, waar verf een pleisterwerk van afbladderden, waren overladen met allerlei buizen, kabels en draden: gasbuizen, waterleidingbuizen, rookkanalen, hulpschoorstenen, kabels voor de elektrische-stroomvoorziening, draden van de telefoon en van de televisie. Als een kabel of leiding niet goed meer functioneerde, werd er blijkbaar gewoon een nieuwe naast gelegd en de oude bleef zitten.

Van plan in dit hotelletje lang te blijven was ze niet, want dan zou ze moeilijk kunnen uitkomen met het nogal schrale maandgeld dat haar vader in staat was haar te sturen. Zo gauw mogelijk moest ze aan het werk en de volgende ochtend om half negen ging ze al op pad.

5

Ze liet zich inschrijven aan de universiteit.

Vervolgens verschafte men haar, bij het bureau dat buitenlandse studenten hielp een plaats in een gezin te vinden, 'au pair' zoals dat heette, het adres van een advocaat, Maître Pauchard, in de rue Verniquet, die wel een huisgenote 'au pair' gebruiken kon, maar haar deze dag, een vrijdag, niet zou kunnen ontvangen.

Ze diende tot zaterdagochtend te wachten.

Toen ging zij dan ook meteen naar het opgegeven adres.

6

Een zware deur van glas en ijzeren krullen duwde zij open en ze kwam in een hoge vestibule, die overdadig versierd was met ornamenten van verguld gips. De conciërge liet zich niet zien. De lift kon zij ook zo wel vinden.

Naar bleek was niet alleen meneer advocaat, mevrouw ook.

Meneer vertoonde zich niet. Mevrouw, op het oog iets ouder dan dertig jaar, maar mogelijk al over de veertig, droeg een van stugge vezels gebreid hardgeel truitje, dat van boven open stond en zien liet dat haar schrale gestalte die zomer grondig doorgebakken was in de zon. Ze had hooghartige blauwe ogen, een grote scherpe neus, geen kin, en blond, gebleekt haar, zo lang dat ze er een staart van had kunnen vlechten die niet op haar rug, maar van voren, tot ver over haar middel reikte, langs haar linkerwang afhankelijk over haar linkerschouder.

Zakelijk en precies gaf ze Paulina de bijzonderheden die voor haar au-pairschap van belang waren.

Op de werkdagen gingen meneer en mevrouw 's ochtends om half acht de deur al uit en 's avonds kwamen ze pas laat terug. Zelden eerder dan om tien uur.

Wat Paulina doen moest? O, vrijwel niets. Het dertienjarige zoontje Hughes een beetje in de gaten houden. Hij ging om half negen naar school. Als hij tegen het eind van de middag thuiskwam, diende ze ervoor te zorgen dat hij een beschuitje at en een glas melk dronk. Dit was alles.

«Hier kind, kom maar mee, ik zal je wijzen waar je kamer is.»

Mevrouw maakte in de keuken een zwaar vergrendelde deur open die toegang gaf tot de diensttrappen. Drie kale houten trappen die vol sigarettenpeuken lagen met hier en daar het geel van een gebruikt metrokaartje ertussen, gingen zij op en bereikten de zevende etage, de zolderverdieping, waar de kamertjes waren voor het personeel. Maar omdat de meeste Fransen, zelfs rijke, er heden ten dage toch geen inwonende butler en keukenmeid meer op na houden en ze 't zonde vinden deze hokjes leeg te laten staan, was het op de zolderverdieping een leven van belang. Tien tot twaalf radio's of geluidsinstallaties speelden er door elkaar heen. Gekomen bij het kamertje dat Paulina kennelijk krijgen zou, sprak mevrouw Pauchard:

«Alle andere zijn aan zwarten en Arabieren verhuurd. Ze wonen soms met hun drieën in een kamertje en slapen bij toerbeurt acht uur op het enige bed. Ze zijn niet kwaad, maar je moet wel voor ze uitkijken.»

Toen duwde ze de deur open van het hokje waar Paulina zou moeten slapen en vervolgde:

«Drie Arabieren in een kamertje als dit, dat brengt geld in de la. Wie het afstaat aan een au pair, brengt een offer.»

Bakken vol muzikaal puin werden uitgestort over haar woorden, die zij luidkeels uitspraak om zich verstaanbaar te kunnen maken.

Het kamertje was misschien anderhalve meter breed en twee meter lang. Een bruinig, doorschijnend overgordijn, voor het raam geschoven, gaf de indruk dat hier al iemand lag te slapen. Maar het smalle bed, waarop een kussen en een paar dekens lagen, geen lakens, was leeg. Boven een kleine vaste wastafel lekten twee dof geworden kranen. Wijzend op een elektrisch kachelkje zei de juriste:

«Dit is de verwarming, maar die kun je voorlopig nog wel uit laten. Je hebt een eigen elektriciteitsmeter, zie je wel, dan ontstaat er nooit misverstand over de hoogte van het verbruik.»

Nu pas zag Paulina de hemelsblauw geverfde elektriciteitsmeter aan de muur.

Mevrouw Pauchard zette haar toelichting voort.

«De ruimte is niet groot, dat geef ik toe, maar het uitzicht is weids.»

Ze liep naar het raam, schoof het verflenste gordijn zo ver mogelijk opzij en trok het raam open. Er zat een hek van dikke ijzeren spijlen voor.

«Schitterend! Zie je wel? Daar, de boulevard Péreire! Door die sleuf in het midden rijdt het lokaaltreintje naar Auteuil. De halte is niet ver weg. Zo praktisch, als je naar Auteuil moet.»

Paulina zou niet geweten hebben wat ze in Auteuil moest doen. Maar op de place Péreire, waar zich het stationnetje van de trein bevond, had je, behalve dat, ook een halte van de metro. Heel Parijs kon je van dat plein af in een minimum van tijd bereiken.

Voor Paulina was dit natuurlijk geen nieuws, omdat ze, toen ze hiernaartoe kwam, daar was uitgestapt. Maar ze knikte, alsof ze mevrouw Pauchard heel dankbaar was voor die inlichting.

Schitterend uitzicht? Je moest je hoofd tegen de ijzeren spijlen drukken en er schuin doorheen

kijken, wilde je iets anders zien dan een wit flatgebouw aan de overkant van de rue Verniquet.

De mensen bij wie ze au pair zou zijn, hadden haar klaarblijkelijk niet veel bijzonders te bieden. Ze deden hun best, dit wilde Paulina graag geloven.

Was er een WC op deze verdieping? Ja, natuurlijk, wat dacht je, maar het gebruik hiervan moest afgeraden worden, wegens de negers en de Arabieren die alles bevuilden en nooit iets schoonmaakten. Ze zouden ook vast en zeker voortdurend ruzie met haar zoeken over wie er 's ochtends het eerst op mocht.

«Denk daaraan, meisje, voordat je 's avonds naar boven gaat.»

Paulina gaf hier geen antwoord op, maar het ontging mevrouw Pauchard niet, dat ze weinig vrolijk keek. Hieruit trok mevrouw een conclusie die elke advocaat zou hebben gesierd:

«Mij zou het ook dolle pret lijken als ik achttien of negentien jaar was! Au Pair! Als ik pas geslaagd was voor mijn eindexamen! En het plan had opgevat in Parijs te gaan studeren! Heerlijk! Au pair... Ik ben jaloers op je. Weet je dat?»

Ze gaf die ontboezeming de gelegenheid te bezinken en toen dit naar het scheen gebeurd was, constateerde ze een feit:

«Het is fris buiten.»

Huiverend sloot madame Pauchard het raam weer, liep het kamertje door en duwde ook de deur naar de gang in het slot, om het lawaai van radio's en grammofoons zo goed mogelijk te dempen. Daarop begon ze aan een lange monoloog:

«Au pair, dat is een uitkomst. Je verdient er een zakcentje mee, er wordt op gelet dat je voldoende tijd krijgt om te studeren en, wat het allerbelangrijkste is: je bent in een gezin opgenomen. Een betere manier om de taal te leren spreken, bestaat er niet.»

Haast leek het of mevrouw Pauchard een pleidooi voor een rechtbank stond te houden.

«Au pair. Vroeger hoorde je er wel eens rare verhalen over. En trouwens nog. Advertenties waarin om een 'au pair' wordt gevraagd, daar kun je beter afblijven, ma belle. Mits het tenminste echt je bedoeling is goed Frans te leren en je dus liever niet terechtkomt in Marrakech. Maar, afgezien van zulke uiterste gevallen die aan misdaad grenzen, 't is evenmin leuk bij sommige particulieren die

je als een goedkope werkkraacht beschouwen. Daar bestaat nog altijd veel kans op. Al bestond die vooral vroeger. Werd je 's ochtends afgescheept met een taai stuk brood van de vorige dag en een soepkom cichorei. Voor de familie haalde je verse croissants en zette je verse koffie.»

Ze lachte, maar niet verbitterd of meewarig. Nee, eerder of ze heel tevreden was over wat ze vertelde.

«En daarna mocht je in de keuken een scheut melk opwarmen om in de cichorei te doen. En dan moest je de au pair met een grote boodschappentas naar de markt om vis, vlees, groenten, kaas en mineraalwater te kopen voor de rijke lunch van de meesters. Als ze met al die lekkernijen terugkwam, en mevrouw natelde wat er van het meegegeven geld overgebleven was, liet ze het arme kind duidelijk voelen dat ze zich had laten afzetten, of, nog waarschijnlijker, zelf het plan had mevrouw te bedotten.

Een stofzuiger vond je destijds niet in een Parijs' appartement van goede stand, een wasmachine evenmin. Zonde van de stroom. Je moest je tapijten aanvegen met een stoffertje. Aldoor gebukt. Kreeg pijn in je rug. Dat zou wat geweest zijn, voor iemand van jouw lengte! Maar je leerde al gauw het vuil gewoon onder de sofa te schuiven: dat was echt Frans. Je moest de WC, waarvan de waterspoeling al een jaar kapot was, schoonmaken met een heibezem. Een beetje in die smerige pot roeren, daar kwam het op neer. 's Middags kon je ternauwernood een paar uur naar de cursus van de Alliance Française. Juist gezinnen waar de hele boel geregeld in het honderd liep, omdat ze te gierig waren zich een flinke huishoudelijke hulp te veroorloven, waren tuk op een au pair. Ze mocht als laatste naar bed en moest het eerste opstaan. Frans leren, daar kwam feitelijk niets van terecht. Mevrouw verloor al gauw haar geduld met het gehakkel van de au pair en ging, in plaats van haar fouten te verbeteren, over op wat de Fransen zelf 'petit nègre' noemen. *Toi pas parler français? Toi comprendre absolument rien du tout?* – terwijl meneer haar uitsluitend te woord stond in de vier Engelse woorden die hij kende met de klemtoon verkeerd. – En bovendien probeerde haar te knijpen.

Ik spreek uit ervaring, ik ben afkomstig uit Roemenië en in Parijs au pair gekomen toen ik zeventien was. Jouw Frans is gelukkig uitstekend.

De kinderen stopten geregeld dode muizen in het bed van de au pair. Om betaling van het afgesproken zakgeld moest aldoor weer worden gezeurd. Zulke meisjes kwamen diep teleurgesteld in hun eigen land terug, afgezien van een enkele die ging zwerven, te beginnen op Saint-Germain-de-Prés. En helemaal nooit meer terugkwam. En uitgezonderd een heel enkele die verstand had van doorzetten.»

Zij knikte bij die laatste woorden om er geen twijfel aan te laten dat zij heel goed wist wie er van doorzetten geweten had.

«Maar troost je. Dit is veranderd sinds de Amerikanen het overal ter wereld cultureel voor het zeggen hebben gekregen. Ook de Gallische humor is daar niet tegen bestand gebleken. Ook de Fransen hebben nu stofzuigers, ijskasten, wasmachines en vermageringsdiëten. In de microgolven warmen ze tussen de middag een quiche lorraine op uit de ijskast en 's avonds een diepgevroren macaronischoteltje. Boodschappen worden eenmaal in de maand gedaan, per auto, bij een hypermarché in een buitenwijk, waar ze de kofferruimte volgooien met voordelige aanbiedingen. Mevrouw bekommert zich om de Derde Wereld, en meneer bekijkt Playboy, in plaats van te proberen de au pair naar zijn hand te zetten. De vooruitgang is onbetwistbaar.

Als ze geen kamer met verwarming en stromend water, warm en koud, ter beschikking kunnen stellen, krijgen ze heden ten dage geen au pair meer toegewezen door de als betrouwbaar bekend staande organisatie, waartoe pas beginnende meisjes in den vreemde zich kunnen wenden.»

Mevrouw Pauchard keek op haar polshorloge, dacht even na, en kwam tot de slotsom dat ze alles had verteld.

«Je boft. Je hoeft bij ons dus, als gezegd, niets te doen, behalve 's ochtends en 's avonds een beetje op Hughes letten. Je hebt warm en koud stromend water. O.K.?

Ik moet nu weer naar beneden. Ik vermoed dat mijn man de auto al buiten heeft gezet. We gaan met ons drieën naar ons huis op Quiberon. Vermaak je. Morgen is het zondag en hoef je dus niets te doen, want we zijn er niet. Maandagochtend zorg je dat je om zeven uur beneden bent. Afgesproken?»

«Mevrouw,» zei Paulina, «ik zou graag een sleutel willen hebben.»

«Een sleutel? Waarvoor?»

«Om mijn kamer te sluiten, bedoel ik.»

«O ja? Een sleutel, ach, natuurlijk, dat begrijp ik. Maar de sleutel van deze kamer is al maanden zoek. Als je 't niet vertrouwt, dan laat je maar een slotenmaker komen en een nieuw slot op je deur maken. Daar heb ik geen bezwaar tegen. 't Lijkt me zelfs wel aan te bevelen, echt, dat meen ik. Sorry kindje, ik moet er vandoor.»

